

# Luz roja al peligro



Delia Proenza Barzaga

El profe, como le llamábamos en el diplomado del Instituto Internacional de Periodismo José Martí, donde años atrás converjimos colegas de múltiples naciones, me ha sacado las lágrimas con algunas de sus publicaciones en Facebook. Coordinador general de Formación en la Universidad de Guayaquil y presidente del Colegio de Periodistas en esa ciudad, la más poblada de Ecuador, el licenciado Alfredo Llerena Guerrero escribió por estos días en una desesperación que traspasa distancias y pantallas.

El cuerpo de una mujer, fallecida el 28 de febrero, permanecía en el domicilio familiar en la jornada del 3 de abril. “En ese hogar vive una señora de 100 años que llora desconsoladamente viendo el cadáver de su hija que no puede ser sepultada. No sean indolentes, la familia los llama, pero ustedes no contestan, y si contestan le dicen que ya van y no van...”, dirigía su acusación a los “señores del 911”, tras ofrecer la dirección exacta.

A esa denuncia agregaba otra al día siguiente: “Un contenedor con 42 cadáveres está en Parque de la Paz, pero no quieren abrirlo. Exigimos se dé a conocer por lo menos los nombres de los cuerpos que allí yacen”. El pueblo de la hermana nación, se ha sabido por diversas vías, hoy se declara huérfano de gobierno. Lenín Moreno, dicen, ejerce su mandato exclusivamente a través de Twitter.

Recortes millonarios en el presupuesto, reducción del personal en la esfera de la salud y falta de recursos mínimos para enfrentar la crisis, incluidos medios de protección para quienes atienden a los enfermos, contrastan con el desembolso de 324 millones de dólares a los acreedores de la deuda externa.

Pero pondré a un lado a Ecuador, que no es por estos días la única punzada del mundo, aunque ha dolido en demasía. Hablaré de mi Cuba, también, aunque de modo diferente, en el centro de múltiples informaciones que se generan a propósito de la pandemia. El virus SARS-CoV-2, comento de paso, ha logrado borrar las barreras geográficas y también las de los idiomas. Lo sé porque mi amiga Natasha, desde Rusia, al hablarme emplea términos como “coronavirus” y “cuarentena”, salvando los detalles de la pronunciación.

Acá todos los días nuestro Gobierno se reúne para valorar la situación y decidir nuevas medidas, y los detalles se transmiten por los medios de prensa. Acá, con absoluta puntualidad, se emiten a diario partes sobre nuevos enfermos y fallecimientos, en una conferencia de prensa que, mostrada en vivo, paraliza a la mayor parte del país. Quienes a esa hora no están frente al televisor o bien trabajan o bien se desprecupan, porque aún no entendieron la importancia de estar convenientemente informados.

Hay, lo subrayo, quienes andan despreocupados a estas alturas de la situación, cuando mueren por miles los ciudadanos de las naciones más afectadas, se ha declarado en nuestro archipiélago transmisión autóctona limitada de la enfermedad y algunas áreas de pueblos específicos han sido puestas en cuarentena. Se ha explicado con toda claridad: usted puede contraer el virus sin haber tenido contacto directo o indirecto con casos provenientes del exterior, y puede contagiarse incluso de alguien que permanezca totalmente asintomático.

Lo mismo el Presidente Miguel Díaz-Canel Bermúdez que el Ministro de Salud Pública reiteran cada día lo imprescindible de extremar las medidas higiénico-sanitarias, así como de un aislamiento social que aún no se logra del todo en Cuba y, como parte de ella, en Sancti Spiritus. La alerta, vale decirlo, no disparó las alarmas de todos. Las aglomeraciones de público, que muchas veces no obedecen a salidas indispensables, podrían costar la vida no solo del indisciplinado, sino también de quienes cumplen al pie de la letra con lo dispuesto, pero podrían contagiarse por cuenta de una irresponsabilidad ajena.

Las alzas experimentadas por estos días en las estadísticas de enfermos de la COVID-19 en el país

apuntan a la posibilidad de que entremos en una etapa peor, aunque se hace todo para evitarlo. Como ha dicho el propio Ministro de Salud, urge que las personas comprendan el papel que les corresponde en estas circunstancias. En lo personal, me niego a creer que debamos sentarnos despreocupadamente mientras el Estado hace por nosotros lo que por naturaleza nos corresponde hacer.

La máxima dirección del país, asesorada por científicos y autoridades sanitarias, ha reiterado una y otra vez: la población tiene que actuar de forma activa y responsable porque es la única manera de cortar las cadenas de contagio. Ello implica cumplir cada medida que se disponga, sea referente a la restricción de movimiento, a las cuarentenas ya decretadas o al uso del nasobuco, que todavía algunos ignoran por más que se insista en su efectividad como barrera entre las personas.

Se nos ha instado a aprender de las experiencias positivas que en el mundo han ayudado a contener los contagios. Ahí entra, además de las precauciones más difundidas a través de la Radio y la Televisión, la desinfección de superficies, porque es sabido que el virus cae sobre ellas al ser relativamente pesado y no recorrer grandes distancias; y la necesidad de un distanciamiento real.

No obstante, hay todavía quienes hablan con el rostro descubierto sobre los alimentos sin tapar, propios o ajenos, y quienes no se distancian lo suficiente de aquellos con quienes conversan. Persisten aún, aunque en menor medida, saludos consistentes en abrazos, besos, choques de manos o de puños.

“El sistema de Salud cubano tiene todos los recursos materiales y humanos para enfrentar este incremento. No hay colapso en nuestros hospitales”, ha asegurado el Ministro de Salud. Que continúe siendo así depende de la colaboración personal de cada residente en la isla, porque los recursos se agotan y adquirirlos en el exterior implica sortear el férreo bloqueo de Estados Unidos, incluso en estas condiciones.

La transparencia que se respira aquí echa por tierra las calumnias de algunos. En tiempos cuando debería importar casi exclusivamente la sobrevida hay quienes se afanan en desacreditar los esfuerzos de Cuba. Pero nuestra verdad, que anda hoy por lugares donde no se respira ni por asomo la relativa tranquilidad que nos asiste, no puede ser tapada con calumnias.



# Un verano en el mes de abril



Yanela Pérez Rodríguez

Dice Yeilena Martín Cañizares que baja tres veces al día las escaleras de su casa y entra a la de sus padres con el propósito exclusivo de apagar las luces y cuanto equipo encuentre encendido por gusto.

Incluso, mi amiga psicóloga procuró que su mamá escuchara nuestra conversación acerca de la urgencia de ahorrar electricidad en todas las viviendas con tal de que mi estimada Juana también comprenda que no se trata de una matraca de su hija, allí muy cerca de la calle Rosario, de Sancti Spiritus.

Yeilena sabe que el derroche eléctrico pudiera desequilibrar sus ingresos monetarios en un abril atípico dedicado a cuidar a su pequeña Gely, en aras de protegerla de la COVID-19; la joven sabe también que es mejor apagar de día para poder encender los ventiladores en estas noches de calor exasperante; ella confía además en el poder transformador del accionar colectivo, una virtud en potencia que en Cuba se ha hecho sentir a lo largo de 60 años.

Si a alguien le quedaban dudas de incredulidad, por no decir de ignorancia, acerca de la demanda voraz del sector residencial sobre la energía asignada a la provincia de Sancti Spiritus, el aislamiento social a que nos ha obligado el nuevo coronavirus SARS-CoV-2 refuerza lo que se ha repetido en los medios de prensa provinciales: el gasto doméstico representa más del 60 por ciento de la energía que consume el territorio, a diferencia de otras regiones del país donde el sector estatal se caracteriza por un grado mayor de industrialización.

Varias de las medidas aplicadas durante la coyuntura energética sobrellevada en septiembre pasado persisten y persistirán en empresas e instituciones como antidoto que influye en las curvas de consumo del territorio, porque no son suficientes las inspecciones de la Oficina Nacional para el Control y Uso Racional de la Energía, las campañas de comunicación radiales y televisivas, los programas del Ministerio de Educación, los 23 700 pioneros inmersos en las patrullas clic, entre otras iniciativas enfocadas a disminuir el gasto de electricidad en las residencias.

Si Andrés Delgado, maestro panadero, asegura que ni él ni sus compañeros de El Capuchino tuvieron inconveniente en dar el paso al frente y transformar sus horarios para darle el servicio al pueblo, porque están conscientes de lo que está pasando en el

país, entonces debemos apoyar el esfuerzo de quienes hornean el dulce nuestro de cada día, por solo poner un ejemplo de las medidas vigentes.

Cuando se trata de quemar combustible extra para generar electricidad, están en juego miles de dólares, lo cual significa también arriesgar la estabilidad de otros recursos básicos destinados a la población, máxime en una economía desgastada como la nuestra, principalmente, a causa del bloqueo económico y financiero con sello impuesto por Estados Unidos.

La suspensión del curso escolar y la permanencia de miles de espirituanos en sus hogares para evitar la propagación de la pandemia que ha trastornado la rutina del mundo dieron al traste con las cifras que ya venían torcidas desde marzo: durante ese mes el plan de consumo correspondiente al horario pico del mediodía no pudo cumplirse ni un solo día, y en el nocturno apenas se logró el ajuste en 20 jornadas, según datos ofrecidos por la Empresa Eléctrica Provincial.

Las alarmas se han activado en abril y apenas entramos en la segunda quincena, pues durante agosto del 2019 el promedio diario en el consumo de la provincia fue de alrededor de 2 152 megawatts/hora (MWh); es decir, que en comparación con aquel período, actualmente se registra un comportamiento superior en 50 MWh, lo que representa que diariamente se tengan que emplear más de 11 toneladas de combustible adicional para satisfacer el consumo de la provincia, con un gasto equivalente a 7 845 pesos.

Lo ha reclamado a Escambray Camilo Pérez Pérez, coordinador de Programas y Objetivos del Gobierno Provincial, que “la población tiene que crear el hábito de la autolectura. La provincia está sobregirada, estamos consumiendo combustible que no está destinado a la generación y que es necesario usar para las actividades de la vida económica”.

En estos meses difíciles de aislamiento urge la organización al interior de las viviendas, sobre todo en los horarios pico: si enciendo la hornilla, apago el televisor; basta con la voluntad para revertir el jaque energético, que nos afecta a todos por igual, como el mismísimo apagón del que no queremos oír hablar. Nadie empeña lo que no tiene, nadie compra más de lo que puede; entonces, ¿por qué no dejar para mañana la energía que derrochamos hoy?

Ni extremismo, ni capricho, ni moda, el ahorro energético tampoco pasa por paternalismos, lo supe de boca de Yeilena y también de Laudí Ruiz, que le apaga el ventilador a su único hijo, un adolescente cariñoso que se queja del calor, pero su mamá considera que al menos durante el día la casa es bastante fresca.